

LECCIONES

Handwritten scribble or mark, possibly a signature or initials.

Faint, illegible handwritten text or markings.

LOS REYES DE ROMA A LA LUZ DE UNA VISIÓN CÍCLICA DE LA HISTORIA

ANTONIO VIÑAS*

SUMARIO: I. GENERALIDADES.- II. FASE LATINO-SABINA: 1.- Rómulo. 2.- Numa Pompilio. 3.- Tulo Hostilio. 4.- Anco Marcio.- III. FASE ETRUSCA: 1.- Rasgos Comunes. 2.- Tarquinio el Antiguo. 3.- Servio Tulio. 4.- Tarquinio el Soberbio.

I. GENERALIDADES

El poder de los reyes latinos, muy amplio, puesto que no sólo se extiende al ámbito político y militar, sino también al judicial y religioso, se presenta, no obstante, mediatizado por el control que sobre el mismo ejerció el Senado a través de la institución del *interregnum*. La opinión pública, si se quiere admitir esta calificación moderna, dada a conocer por medio del Senado o de las mismas curias, condiciona en diversa medida, según tiempos y circunstancias, la actuación de la realeza.

A Rómulo, fundador y primer rey de Roma, se atribuye, según la tradición, la creación del Senado, los comicios curiados y la división del pueblo en tribus. La terminología, el ambiente político y la propia organización social sirven para avalar la tesis con base en la cual los elementos predominantes en la primera fase de la Monarquía serían de origen latino-sabino. El período de Rómulo y sus inmediatos seguidores se corresponde con una situación en la que Roma no sería más que un conjunto disperso de varias aldeas. Unos núcleos de población un tanto diseminados cuya coordinación incumbe al rey que, además de preservar el orden público, asume la función de sancionar aquellos supuestos delictivos que más seriamente perturban la necesaria convivencia, tales como pueden ser el parricidio y la alta traición. Con un similar propósito se requiere la colaboración de dos tribunales creados al efecto con la específica misión de resolver las controversias suscitadas en su correspondiente ámbito (*quaestores parricidii, duoviri perduellionis*).

El rey latino dispondría, asimismo, de un ejército de trescientos soldados en el que probablemente se integrarían los respectivos clientes. Se trata de una

*. Profesor Titular de Derecho Romano en la Universidad Autónoma de Madrid.

primigenia formación militar compuesta por una unidad básica de caballeros mandados ocasionalmente por el *tribunus celerum*. Es un ejército que reproduce la estructura gentilicia de la sociedad imperante entonces, pero cuya composición se modifica con el advenimiento de los etruscos y la implantación del sistema hoplítico, predominante en Grecia, en el que la infantería constituye el cuerpo militar fundamental. Como jefe de la infantería y frecuente sustituto del monarca aparece la figura del *magister populi*, al que, concebido para dirigir las unidades de caballería, se supedita el *magister equitum*.

El ejército constituye la célula básica en torno a la que giraba primordialmente la actividad pública. La vida privada, por su parte, se regulaba de acuerdo a los usos establecidos entre las distintas gentes. Y así, bajo la dirección de los correspondientes *patresfamiliae*, cada familia, vista también como una unidad de producción económica, se ocupa de organizar las actividades pastoriles y en menor medida agrícolas.

Los elementos míticos y legendarios, al configurar el elenco de los reyes romanos, se entremezclan con algunos datos que, al parecer, pueden ser objeto de cierta comprobación histórica. La realeza romana promovió la unificación de los distintos pueblos que confluyen en los orígenes de Roma, pues cada una de las etnias originarias aporta los correspondientes monarcas.

Los reyes latinos, sabinos y etruscos se suceden de acuerdo a un plan tan rígido y ordenado como sospechoso de falsificación. Parece que los primeros historiadores no estuvieron muy interesados en depurar críticamente las noticias transmitidas por los analistas, tal vez porque ni la contingencia política ni las circunstancias personales facilitaban otra modalidad de relato.

A Rómulo, mítico fundador de Roma de origen latino, le sucede Numa Pompilio, un sabino primordialmente legislador. Después accede al trono Tulo Hostilio, un latino belicoso y conquistador. Con Anco Marcio, un sabino pacífico y preocupado por la realización de obras públicas, concluye la fase latino-sabina. El período mejor documentado de la llamada fase etrusca, a la que corresponden tres reyes, resulta ser el de Tarquinio el Antiguo y Tarquinio el Soberbio. En medio de ellos se encuadra Servio Tulio, un personaje real de extraño origen y gran relevancia política y social en atención a las instituciones que se le atribuyen.

II. FASE LATINO-SABINA

1. Rómulo

Según relatos legendarios apenas coincidentes, Ascanio, hijo de Eneas y Creusa, su primera esposa, funda Alba Longa en la falda del monte Albano. En Alba Longa, después de varias generaciones, reina Numitor. Su hermano

Amulio le despoja del trono, mata a sus hijos varones e impone voto de castidad a su hija Rea Silvia obligándola a consagrarse como vestal. Violada la vestal (*vi compressa vestalis*), según versión de Livio, concibe dos hijos cuya paternidad atribuye a Marte, bien porque de veras lo cree así, bien porque resulta más noble que un dios fuese el autor del ultraje ocasionado.

Una vez enterado, el rey ordena que la sacerdotisa ingrese en prisión y que sus hijos sean arrojados al río. La cestilla con los niños dentro fue depositada en aguas poco profundas y una loba sedienta y poco salvaje dio de mamar a los niños. Faústulo, pastor de los rebaños reales, traslada a los niños a su casa, donde fueron criados por su mujer Larenia.

Rómulo y Remo, siendo ya adultos y conocedores de su origen real, matan a Amulio y reponen a su abuelo Numitor en el trono.

Luego en el punto donde fueron encontrados por la loba deciden fundar la ciudad de Roma¹. Convienen ciertas prescripciones que Remo no respeta y Rómulo lo mata por traicionar la promesa realizada.

Ante el reducido número de mujeres, Rómulo se propone incrementar la relación con otros pueblos. Organiza espectáculos y juegos públicos a los que

¹ La discrepancia de los estudiosos respecto al nombre de Roma es considerable. Roma, según Virgilio (*Aen.*, I, 275) y el mismo Livio, se llamaría así en atención a su fundador Rómulo (*Liv.* 1,7,3: *condita urbs conditoris nomine appellata*). Festo (*De Verborum Significatu, s.v. Romam*) es de la misma opinión, y Dionisio de Halicarnaso recoge múltiples versiones, aunque basándose en la autoridad de Cefalón de Gergis (*Antiquit.* 1,72,1) y Dionisio de Calcis (*Antiquit.*, 1,72,5) parece inclinarse por ligar el nombre de Roma a Romo, hijo de Ítalo y Leucaria. Plutarco (*Rom.* 2, 1), por su parte, vincula la denominación a diversidad de connotaciones semánticas, además de registrar otras versiones. Refiere cómo los antiguos llaman *ruma* a la mamá, y *rumina* a la divinidad que vela por el cuidado de los niños. Relata, asimismo, que Roma era una destacada mujer que acompañaba a los troyanos cuando arribaron a las costas del Lacio, y, entre otras medidas, dispuso quemar los barcos que les habían permitido navegar.

En el mismo texto se sintetizan otras leyendas. Para una primera, Roma sería una hija de Ítalo y Leucaria, casada con Eneas. Para una segunda, Romano, hijo de Odiseo y de Circe, habría fundado la ciudad. Y una tercera entiende que Roma sería la esposa de Latino y madre de Rómulo. En definitiva, las narraciones griegas al igual que las romanas ofrecen una extraordinaria disparidad de criterios, que impiden aislar el mejor significado y determinar el auténtico origen de la denominación que se estudia. Si Roma fuese creación etrusca, como permite deducir la descripción plutarquea y piensan muchos autores modernos, el nombre del Tíber (*rumon* en etrusco) no parece alejarse mucho del significado más certero. Los escasos testimonios y la propia arqueología confirmarían esta hipótesis, al menos hasta un cierto punto.

concurrer los pueblos vecinos, entre otros, los sabinos con sus esposas e hijos. Los jóvenes romanos, a una señal convenida, raptan a las doncellas presentes. Mientras los sabinos planean vengarse, Rómulo procura suavizar la situación para que las jóvenes secuestradas acepten el nuevo orden de cosas, puesto que -les dice- nada impide que la injuria inicial pueda trocarse en futura amistad.

En enfrentamientos con diversos pueblos se suceden las victorias romanas. Estalla un serio conflicto con los sabinos, y las mujeres de este pueblo cuyo rapto motivó el conflicto acceden al campo de batalla donde con ruegos y súplicas, dirigidas a unos y otros, logran detener la lucha y promueven la estipulación de un pacto por el que se decide la unión de los dos pueblos bajo el mando conjunto de Rómulo y Tacio. Se promueven obras de defensa y fortificaciones con el objeto de prevenir no sólo ataques inesperados, sino también facilitar la ampliación de la ciudad al controlar militarmente una mayor porción de territorio y asegurar así el desarrollo futuro del conjunto urbano. Ese nuevo cinturón de la ciudad servirá para dar acogida precisamente a una desorganizada masa de gente de muy diverso origen y condición (*Eo ex finitimis populis turba omnis sine discrimine*).

Rómulo, al objeto de encauzar adecuadamente la situación y relativamente satisfecho de la obra realizada, se aplicó a la tarea de dar forma a distintas instituciones.

Primeramente creó cien senadores (*centum creat senatores*), llamados también *patres* debido al honor que implicaba su función. En adelante sus descendientes serían calificados como patricios².

Concluida la guerra con los sabinos, y engrandecida la ciudad con la incorporación de este pueblo, se generaliza la calificación de *quirites* para indicar la totalidad de la población³.

Prosigue Livio su relato refiriendo cómo la actitud de las sabinas conmovió especialmente a Rómulo hasta el punto de otorgar el nombre de mujeres sabinas a las treinta curias en que dividió la ciudadanía (*In curias triginta divideret*).

² Plutarco en su biografía de Rómulo recoge otras acepciones del término patricio. Según unos -dice-, patricios serían aquellos senadores que eran padres de hijos legítimos. Según otros -añade-, patricios serían aquellos capaces de señalar quiénes son sus propios padres. (*Plut., Rom. 13,2*)

³ *Quirites* guarda relación semántica con el dios *Quirino*, protector del pueblo sabino, o también con la lanza (*quiris*) que portaban los soldados de su ejército. El término analizado también se ha aproximado a *Cures*, ciudad de los sabinos.

Paralelamente se formó un ejército integrado por tres centurias de jinetes. La primera deriva su nombre de Rómulo (*ramnenses*), la segunda de Tacio (*ti-cienses*) y la tercera (*lucerenses*). Tito Livio ignora el motivo de esa última denominación, a diferencia de Festo que la vincula a Lucero, rey de Ardea, por haber ayudado a Rómulo en su guerra con Tacio, mientras que Varrón la conecta con el etrusco Lucumón. Plutarco, por su parte, considera que la causa de este calificativo tiene su origen en el bosque sagrado donde muchos hallaron refugio en su huida de la guerra entre romanos y sabinos.

En un día sin precisar, según Livio, y el 7 de julio, según Plutarco (*nonas de julio*), Rómulo desapareció a la vista de los presentes en el curso de una fragosa tormenta, aunque también circuló el rumor de que Rómulo habría sido asesinado por los propios senadores. Tenía entonces 54 años y se encontraba en el trigésimo octavo de su reinado.

Muerto Rómulo, el régimen monárquico se suspende durante un año (*interregnum*). Diez senadores, uno por cada diez decurias, asumen el poder, turnándose en el mismo cada cinco días. Este proceder, sin embargo, se rodeó de tal impopularidad que los senadores brindaron al pueblo su disposición a ratificar la elección que se llevase a cabo.

Bajo el aspecto de sucesos históricos frecuentemente se deslizan narraciones míticas. La leyenda de Rómulo y su antecesor Eneas es un prototipo de lo dicho, y se utilizó para anticipar la fundación de la ciudad. Se trataba de vincular a Roma con héroes de la guerra de Troya que fundan distintas ciudades a lo largo de la península itálica. (Antenor, príncipe y consejero de Príamo sería el fundador, por ejemplo, de Padua).

Roma, relevante Ciudad-estado (*civitas*), no podía tener un origen humilde e ignorado. Era preciso recrear la situación y brindar a propios y extraños un pasado brillante y grandioso. Eneas, hijo de la diosa Venus, arribando a las costas del Lacio, vino a satisfacer la mencionada pretensión.

2. *Numa Pompilio*

El segundo rey de Roma fue Numa Pompilio, un sabino que legisló sobre múltiples aspectos de la vida social.

A instancias de una embajada procedente de Roma, ya con 43 años, es invitado a aceptar la corona. No sin resistencia, por su parte, pues nada le impul-

saba a modificar su estilo de vida al no estar agobiado por necesidad alguna. Sin embargo, la presión ejercida por amigos y familiares vence sus reticencias y se dirige a Roma para ser coronado rey. Implanta una nueva forma de gobierno y, como primera medida de tal estado de cosas, dispuso licenciar el ejército de 300 jinetes que Rómulo había organizado.

Su característico y alto sentido de justicia le predispone a convertirse en legislador, y el éxito no dejó de sonreírle al presentar sus disposiciones como algo inspirado por las mismas divinidades. La relación y proximidad que mantiene con la ninfa Egeria, residente en el bosque de Aricia y mensajera de los dioses, hace que Numa se proclame conocedor de la voluntad divina. La estrategia de sus contactos con Egeria, una deidad etrusca, una ficción, o una simple mujer que instrumentaliza, favoreció que pudiera gobernar sin mayor dificultad.

Recurriendo a similares ardidés, Numa introdujo una considerable racionalidad en la estructura religiosa y social de aquellos momentos. Los sacrificios cruentos e inhumanos practicados hasta entonces son sustituidos ahora por ceremonias de carácter más ficticio y simbólico, lo cual ha llevado a que se le vincule con la doctrina de Pitágoras. En principio, tal conclusión no parece posible, puesto que el rigor cronológico la haría inviable. Pitágoras, según Livio, habría viajado a Italia en la época etrusca de la monarquía romana, y el propio Cicerón en el libro segundo de *La República* sitúa la venida del filósofo a Italia en el cuarto año del reinado de Tarquinio el Soberbio. Numa al igual que los pitagóricos prohibió que se representase a los dioses en forma humana o animal, lo que origina que hasta el advenimiento de los etruscos no se erigiesen estatuas en su honor.

Contrajo matrimonio con Tacia, hija de Tito Tacio, el sabino corregente con Rómulo. Era originario de Cures, ciudad de los sabinos, de donde derivaría, según algunos, el nombre de quirites que posteriormente adoptarían todos los ciudadanos.

Si las instituciones políticas se atribuyen a Rómulo, las religiosas se hacen corresponder a Numa. Fue el creador de diversos colegios sacerdotales (*pontifices, augures, vestales*, etc.). Sus prioridades eran claras. Narra Plutarco que en una ocasión mientras se hallaba ocupado en la realización de un sacrificio, ante la noticia de un ataque enemigo no se alarmó en absoluto; se limitó a sonreír y exclamó: *y yo estoy sacrificando*.

Reformó el calendario, disponiendo que el año en lugar de diez meses tuviese doce. Ordenó que el primer mes fuese enero, consagrado al bifronte dios

Jano. Una divinidad que preside el comienzo y el fin. Defiende frente al exterior y protege el interior. Es venerado como deidad creadora y se especula -parece que sin mucho fundamento- si su culto procede de Etruria. En febrero, segundo mes del año, se celebraban las fiestas de purificación (*februalia*) en honor del dios Februo. Marzo fue consagrado a Marte, dios de la guerra. Abril se dedicó a Venus, diosa protectora de la naturaleza y de la primavera. Con el paso del tiempo se asimiló a la griega Afrodita. En abril las yemas de los árboles se *abren*. Mayo fue consagrado a Maya, madre de Mercurio, dios de los comerciantes y mercaderes (*mercatores*). Junio debe su nombre a Juno, esposa de Júpiter y madre de Marte. A Julio César se consagró el mes de julio. Y agosto a Augusto. Septiembre equivale al séptimo mes del calendario de Rómulo y al noveno del año actual. Octubre se corresponde con el octavo mes de Rómulo y décimo de Numa. Noviembre es el undécimo de Numa y noveno de Rómulo. Diciembre, por último, se corresponde con el décimo de Rómulo y duodécimo de Numa.

Plutarco atribuye a Numa una distribución de la plebe por oficios, probablemente auténtica, pero de época posterior. Cabe distinguir los siguientes: flautistas, orfebres, carpinteros, tintoreros, zapateros, curtidores, caldereros y alfareros. Todos los demás oficios formarían conjuntamente otro gremio de carácter no tan específico.

Numa muere después de un extenso reinado de cuarenta y tres años.

3. Tulo Hostilio

A la muerte de Numa es elegido rey Tulo Hostilio. El relato de Livio presenta a Tulo, a diferencia de su predecesor, con una actitud todavía más belicosa, si cabe, que la de Rómulo.

Las tierras compartidas por romanos y albanos todavía no están muy delimitadas, por lo que, ante las constantes injerencias y conflictos, no queda otra salida que declarar la guerra.

En lugar de un enfrentamiento abierto y masivo de ambos ejércitos, se opta por una lucha limitada a tres soldados de cada ejército. En efecto, el combate se dirime a través de un desafío entre tres hermanos gemelos del campamento romano, los Horacios, y tres hermanos igualmente gemelos del ejército albanos, los Curiacios. El pacto convenido prevé que el ejército vencedor prevalecerá sobre el otro (*cum bona pace*).

En el primer encuentro violento mueren dos romanos, mientras que los tres albanos resultan lesionados. El romano superviviente emprende la huida para distanciarlos, y al reparar que corren separados, volviéndose repentinamente mata uno tras otro a los tres Curiaños.

La paz con el pueblo albano no se mantuvo durante mucho tiempo. Al morir Clulio, rey de Alba, se eligió dictador a Metio Fufecio. Desprestigiado por haber confiado la suerte de los albanos al mencionado combate, se propuso ganar nuevamente el favor popular incitando a otros pueblos para que declaren la guerra a Roma. Los fidenates y los veyos inician entonces hostilidades con Roma.

Indignado el rey romano porque el ejército albano, su aliado, se retira del campo de batalla, finge que no es una deserción, sino más bien, una estrategia envolvente para sorprender a los fidenates. Enardece a los romanos con tanta eficacia que rápidamente desbordan el ala de los fidenates y sin la menor dilación desarmar también a los veyos. Con anterioridad no se tenía conciencia en Roma de una batalla tan cruel (Liv. I, 27: *non alia ante romana pugna atrocior fuit*).

El ejército albano retorna al campo de batalla y Metio felicita a Tulo por la victoria conseguida. Se convoca una asamblea para el día siguiente a la que han de concurrir los dos ejércitos. Los albanos, colocados en lugar preferente, son rodeados por una bien armada legión romana. Tulo toma la palabra para explicar la importancia del éxito obtenido el día anterior, no sólo por haber guerreado contra los enemigos, sino también contra la traición y perfidia de los aliados. Sin embargo, únicamente responsabiliza a Metio de la comprobada traición y, por ello, dispone que muera, atando su cuerpo a dos carros tirados por cuadrigas de caballos que han de ser lanzados en dirección opuesta.

Ordena, asimismo, el traslado a Roma del pueblo albano para que en adelante ambos pueblos formen parte de una sola ciudad. Luego, dejando solamente los templos de los dioses en pie, una hora es suficiente para convertir en ruinas la ciudad de Alba, un conjunto urbano que se habría ido levantando durante cuatrocientos años.

Roma duplica así el número de sus habitantes. Se incorpora a la ciudad la colina Celia y allí el rey fija su residencia⁴.

⁴ PARETI, al explicar las sucesivas ampliaciones de la ciudad, sostiene que la segunda, comprensiva del Foro y el Capitolio, se debe a Tarquinio el Antiguo, y la tercera, integrando las colinas Celia, Esquilina y Viminal correspondería a Servio Tulio. PARETI, L., *Storia di Roma*. Unione-tipografico-Editrice Torinese, vol. I, 1952, p. 267.

Después de la destrucción de Alba Longa, un hecho histórico probable a situar en una primera época monárquica, Roma todavía sostuvo con éxito una nueva guerra con los sabinos. Sin embargo, las conquistas se ven paralizadas por una epidemia de peste que asola la ciudad, y el rey para conjurar la situación, al margen de los ritos oficiales, decide poner en marcha ceremonias no autorizadas, lo que provoca las iras de Júpiter. El rey muere abrasado por un rayo lanzado por la divinidad, pero, según otra versión, el incendio del palacio en cuyo interior perece Tulo habría sido provocado por Anco Marcio.

4. *Anco Marcio*

Anco Marcio, cuarto rey de Roma, sucede a Tulo Hostilio. Su elección popular, si se sigue la tradición reflejada por Livio, es confirmada por el Senado. Como nieto de Numa Pompilio se propone desarrollar un programa similar al de su abuelo, pero, a pesar de su carácter pacífico, las circunstancias le impulsaron a combatir más de lo que quisiera.

Dispuso que la declaración de guerra habría de practicarse conforme a ciertos usos atávicos, y así un fecial debería aproximarse al territorio enemigo y notificar solemnemente la ruptura de hostilidades por parte del Senado y el pueblo romano, arrojando seguidamente una lanza desde los confines de la frontera.

Anco declaró la guerra a Politorio, ciudad de los latinos, disponiendo el traslado de su población a Roma. Ocupado el Palatino por los romanos, el Capitolio por los sabinos y el Celio por los albanos, el Aventino se asigna a los nuevos habitantes.

El esquema de Livio, respondiendo a una estructura más lógica que puramente histórica, no sufre alteración alguna. La ocupación del Aventino por parte de los latinos, residentes en Politorio, puede obedecer al comprobado fenómeno de adelanto histórico con el que, a veces, se narran episodios de época posterior. Se reproduciría aquí un hecho similar a lo ocurrido con la incorporación a la ciudad de los montes Capitolio, Quirinal y Celio. El escenario de la secesión plebeya del 494 a. de C. se sitúa precisamente en el Aventino. La ley Icilia del año 456 a. de C. adscribe el Aventino a la plebe (*lex Icilia de Aventino publicando*), lo que permite suponer que se trataba de un territorio baldío sin asignar todavía en los inicios de la República.

Durante este reinado se fundó asimismo el puerto de Ostia en la desembocadura del Tíber, ampliando así hasta el mar los dominios de Roma. Por su

parte, el perímetro de la propia ciudad no dejó de incrementarse considerablemente, pues en este reinado se construyó un puente sobre el Tíber (*pons Sublicius*) que permitió alcanzar la orilla derecha y dar comienzo a la urbanización del Janículo.

III. FASE ETRUSCA

1. Rasgos Comunes

Los etruscos, a partir de su primer enclave en el centro de la península itálica, inician un doble movimiento de expansión, hacia el sur, aposentándose en el Lacio e incluso la Campania, y también en dirección norte, ocupando la región Emilia, al sur del Po. Con antelación las ciudades más importantes del Lacio formarían núcleos relativamente urbanizados e independientes, y Roma, una de estas últimas, no puede decirse que por entonces constituyese una comunidad social y políticamente organizada. Pero esta situación cambia cuando Roma pasa a formar parte de una liga de ciudades que por aquel tiempo se establece.

Nada impide pensar que en una ciudad todavía no muy consolidada, y en la que muchos extranjeros no tuvieron dificultades para integrarse, fuera posible que un inmigrado, oriundo de Tarquinia (Etruria), se hiciese con el poder e implantase una modalidad de gobierno un tanto distinta. Se refuerza la autoridad y el ejercicio del poder adquiere visos más tiránicos que en momentos anteriores.

Roma se configura a imagen de una *polis* griega en la que el ejército propicia el desarrollo de un poder que asegura el orden interior y defiende frente al exterior. Aunque la incertidumbre de las noticias referidas por la tradición se va reduciendo progresivamente, a medida que se describen épocas más recientes, el paralelismo que es posible detectar con la sustitución de reyes espartanos o atenienses facilita retener algunos de los elementos que ambas situaciones comparten. La violencia y la astucia impregnan toda conquista del poder, puesto que ni la elección propiamente dicha ni el carácter hereditario serán determinantes para el desempeño del cargo monárquico.

Los indicios de las novedades introducidas por el dominio etrusco en los ámbitos arquitectónico, lingüístico o meramente cultural son múltiples, aunque no quepa desconocer abundantes vestigios que reflejarían un pasado sobre

el que se plasma el mencionado influjo. Un influjo teñido del suficiente escepticismo que ciertos hallazgos arqueológicos tampoco eliminan, aunque ofrezcan base para mantener diversa opinión.

En Roma, con el advenimiento de los monarcas etruscos, se opera una considerable remodelación arquitectónica e incluso orográfica. La construcción se efectúa de acuerdo a parámetros griegos. Por razones de salubridad se procede a la desecación de zonas pantanosas, eliminando así el riesgo de contraer paludismo y otras enfermedades infecto-contagiosas. Se abren vías de comunicación entre las distintas colinas, lo que conlleva remodelar seriamente el núcleo urbano (*pomerio*), y en los límites del mismo se levanta una muralla de planta más sólida que las empalizadas de épocas precedentes.

El lenguaje político se amplía con aportaciones de raigambre etrusca, pero este reconocimiento no faculta para pensar que con anterioridad no sean detectables una serie de supervivencias lingüísticas cuyo origen latino parece indudable (*rex, regia, interrex, gens, tribu, curia*).

Ahora los representantes del poder al rodearse de escoltas y vestir de púrpura no sólo proyectan un característico estilo de vida, sino que también afirman el gusto por el boato y la pompa como expresión de una nueva tendencia social.

El pomerio que se desplaza, a medida que lo exigen las necesidades de expansión para acoger los constantes movimientos inmigratorios, no delimita solamente el perímetro geográfico de la ciudad, sino que también opera como ámbito en el que se despliega la vida civil y religiosa. Más allá de la movable franja de terreno que comprende el pomerio rigen las reglas de la milicia. Si el poder dentro del pomerio se presenta un tanto compartimentado y diluido en diversas instituciones, fuera del mismo propende a hacerse valer del modo más unitario y sin revelar fisuras en su aplicación. Bajo el dominio etrusco se percibe un cierto repliegue del poder augural a favor del poder militar propiamente dicho. Esto explica que en el ejército, formado a partir de las primitivas curias, se opere una remodelación tan nueva como radical. Los hoplitas, soldados que portan escudo, coraza, casco, lanza y espada se convierten ahora en la unidad más importante del ejército. Se trata de un cuerpo de infantería cuya eficacia y formación modifican profundamente la táctica bélica que imperaba hasta entonces. Es una innovación, oriunda de Grecia, que los etruscos introducen en Roma.

Como consecuencia de la nueva orientación, la vertiente religiosa del poder se supedita también al aspecto militar. El *imperium* prevalece sobre el *aus-*

picium, y modelos culturales importados de la Hélade arraigan profundamente en campos tan diversos como la mencionada arquitectura, la escritura, o la propia escultura, comenzando ahora a levantarse estatuas de divinidades con rasgos similares a la forma humana.

Carácter etrusco revestirían de igual modo los símbolos del nuevo sentido que adopta el poder. El rey se hace acompañar de doce lictores, cada cual con su haz de fasces y el hacha correspondiente, tal vez una supervivencia de la autoridad regia que se extendía sobre la liga de las doce ciudades. El descubrimiento en Vetulonia de la tumba de un lictor vendría a confirmar tanto la existencia de la aludida escolta como de sus atributos más significativos. Además, el monarca porta en su mano un cetro de marfil coronado por un águila, se sienta en trono de marfil, viste de púrpura y su calzado es de color rojo. Aunque ostenta la jefatura del ejército, se rodea de colaboradores para el desempeño de ciertas actividades que ocasionalmente delega en un sustituto (*magister populi*), o bien transfiere a sus subalternos con la misión de poner en práctica funciones más específicas (jefe de la infantería, pretores, tribunos militares).

2. Tarquinio el Antiguo

Coincidiendo con la documentada expansión de los etruscos hacia el sur, paralelamente al curso del Tíber, según refiere Livio, llega a Roma Lucumón, hijo de Demarato, un corintio refugiado en Etruria como consecuencia de la deposición del gobierno oligárquico de la dinastía Baquíades por parte del tirano Cipselo.

Con la caída de esta familia, muchos de sus partidarios emigraron en diversas direcciones (Esparta, Sicilia, Etruria).

Lucumón adopta en Roma el nombre de Lucio, simplificando su forma originaria y añadiéndole Tarquinio en alusión a Tarquinia (forma latinizada del etrusco Tarcna), su localidad de procedencia.

Las constantes intrigas palaciegas y el enfrentamiento con los pueblos vecinos deparan al hábil Lucio Tarquinio un ambiente muy propicio para desplazar a los hijos de Anco Marcio y sentarse en el trono de Roma.

Su reinado se presenta jalonado por relevantes victorias militares y muchas obras públicas. El botín obtenido de la guerra con los latinos, según la versión liviana, se empleó para levantar un circo (mucho después llamado

Máximo), donde se celebraron juegos gimnásticos y teatrales sin parangón con épocas anteriores. Se enfrentó con los sabinos, arrebatándoles Colacia. A raíz de esta guerra, percatándose de la debilidad que aquejaba su caballería, decidió duplicar el número de centurias, llamándolas *Ramnenses*, *Titienses* y *Lucerenses posteriores*.

Promovió asimismo obras públicas, disponiendo la construcción de un gran desagüe (*cloaca maxima*) y un muro de piedra que sustituyese a las antiguas y poco consistentes empalizadas.

Favoreció la movilidad social al proceder al nombramiento de nuevos senadores y facilitar así la aparición de las *minores gentes*.

Los hijos de Anco, después de treinta y ocho años, todavía no habrían olvidado la afrenta de haberse visto separados del trono. Por instigación suya, dos pretores, previamente convencidos, asesinan a Lucio Tarquinio. Pero con ayuda de Tanaquil, viuda del rey, el trono es ocupado por Servio Tulio.

Con posterioridad, a Lucio Tarquinio para distinguirlo del séptimo rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, se le incorporó el sobrenombre de Prisco (Antiguo).

3. Servio Tulio

A Tarquinio el Antiguo le sucedió su yerno Servio Tulio. La personalidad de Servio sumerge en cierta perplejidad. Las versiones que relatan su origen difieren considerablemente. Según una tradición, Servio Tulio bien pudo ser el nombre adoptado por un etrusco llamado Mastarna que llega a Roma acompañando al caudillo Cele Vibenna. Otra versión refiere que Servio Tulio habría sido hijo de una esclava que habitaba en el palacio real. Su propio nombre *Servius* vendría a delatar sus antecedentes serviles. Pero las explicaciones meramente etimológicas no siempre aclaran, sino que, por el contrario, pueden contribuir a dificultar el hallazgo de un dato altamente revelador. Que Servio Tulio fuese el jefe etrusco (Mastarna) de un pelotón de soldados que puso fin al reinado de Tarquinio el Antiguo, tampoco puede descartarse, sin más, máxime si se atiende a un momento en el que las correrías y golpes militares se suceden en un territorio con una estructura administrativa todavía no muy consolidada. La tradición que Livio considera más convincente presenta a Servio como hijo póstumo del jefe de la ciudad de Cornículo, llamado también Servio Tulio y muerto, precisamente, intentando impedir la conquista de la misma. Trasladada su madre a Roma, Servio habría nacido en el propio palacio real, puesto que allí se

había alojado la esposa del difunto Servio Tulio. De este incidente deriva -según Livio- la idea de que Servio había sido hijo de una esclava.

Educado en palacio, contrae matrimonio con una hija del rey, y, secundando los manejos de su intrigante suegra, logra la corona.

En la guerra contra los veyos -ateniéndose igualmente a la versión de Livio- la suerte se alía con el valor, retornando Servio a Roma reconocido como rey indiscutible, y en esas condiciones proyecta llevar a cabo una magna obra de paz.

El establecimiento del censo implicó una reforma en profundidad del ejército en el que las antiguas curias se sustituyen por centurias. El cuerpo de infantería adquiere importancia determinante, y lo integran cinco clases cuya estructura viene fijada por los respectivos niveles de renta que corresponden a cada soldado. El presupuesto de cada cual sirve para concretar tanto la asignación a la centuria correspondiente como la satisfacción de tributos, así como la necesaria adquisición de material para afrontar las contiendas bélicas que puedan sobrevenir.

La forma de hacer frente a los gastos del Estado se modificó radicalmente. Los más adinerados debían soportar las cargas públicas en una porción muy superior a los más desposeídos, aunque no sin obtener contraprestaciones, pues a cambio se les recompensaba con el disfrute de puestos y honores, hasta el punto de configurar una sociedad estructurada jerárquicamente, donde el poder venía detentado casi exclusivamente por los más poderosos desde un punto de vista económico (Liv. I, XLIII: *haec omnia in dites a pauperibus inclinata onera*).

La infantería constituye ahora el grueso fundamental del ejército, convirtiéndose en una decisiva fuerza de choque. Desplaza al cuerpo de caballería y su papel es predominante en el conjunto de la milicia. El mismo comandante de la caballería (*magister equitum*) asume una función subordinada respecto al jefe de la infantería que en ocasiones podía sustituir al propio rey en la dirección del ejército (*magister populi*).

A pesar de lo dicho, la caballería siguió siendo de origen patricio, aunque se vio incrementada de modo relativamente considerable, pues a las seis centurias existentes hasta ahora se sumaron otras doce, completando un total de dieciocho.

El conjunto del ejército quedó formado por ciento noventa y tres centurias. Dieciocho de caballería y ciento sesenta de infantería. A las cinco clases de infantería fueron agregadas cuatro centurias de servicios especiales. Dos centurias que se ocupaban de levantar fortificaciones y transportar maquinaria

bélica (*fabri*). Otras dos de músicos. Y por debajo de la división por clases (*infra classem*) se estableció otra centuria (*proletarios*) que carecía de armas y, en principio, estaba exenta del servicio militar. Eventualmente esta centuria podría ocuparse de realizar servicios de intendencia y otras funciones auxiliares.

A Servio Tulio se atribuye también la reestructuración de la ciudadanía. Crea cuatro tribus, Suburana, Palatina, Esquilina y Collina, a base de dividir la ciudad en cuatro distritos, donde la primitiva relación de carácter gentilicio es sustituida por un criterio meramente geográfico. El distrito de residencia y la posición social del respectivo ciudadano en adelante sirvieron para determinar el tributo que cada tribu debía satisfacer con el fin de atender los múltiples gastos militares.

Tanto la reforma del ejército centuriado como la división de la ciudad en cuatro distritos probablemente responde a una considerable anticipación en el tiempo. Y lo mismo cabría decir de la muralla serviana que -se dice- implicó un traslado del pomerio⁵, es decir, una modificación del espacio que bordeaba ambos lados de la muralla y en el que, según disposiciones etruscas, no cabía cultivar ni edificar.

Se piensa también que Servio habría promovido la sustitución de la primitiva moneda, lingotes de cobre que se apreciaban por su peso (*aes rude*) por lingotes de bronce en los que se ha impreso la efigie de un animal (*aes signatus*).

El sexto rey de Roma, según el propio Livio, reinó durante cuarenta y cuatro años, y murió asesinado como consecuencia de una trama criminal, urdida por una de sus hijas, la menor de las Tulias, casada en segundas nupcias con L. Tarquinio, hijo o nieto del viejo rey Tarquinio.

4. Tarquinio el Soberbio

El séptimo y último rey de Roma fue Tarquinio el Soberbio. El relato que ofrece Tito Livio lo presenta como hijo o nieto del antiguo rey Tarquinio. Se convierte en yerno de Servio Tulio al contraer matrimonio con una de sus hijas. Secundando la iniciativa de su ambiciosa mujer, logra que el rey sea ejecutado después de arremeter violentamente contra él en una tumultuosa reunión senatorial.

⁵ Explica Livio que con más precisión debiera designarse como *circamoerium*, porque los romanos de los primeros tiempos le llamaron *pomerium* en atención al alejamiento que se operaba de los límites de la ciudad con respecto al espacio consagrado originariamente (*Liv.*, 1,44,4).

Por temor a sufrir algún atentado organiza una guardia personal con el exclusivo fin de protegerse. Margina el consejo del Senado y únicamente se deja asesorar por el círculo familiar y el grupo de extranjeros que le rodean. Inicia su reinado con tan malas artes (*male quaerendi regni*) que en adelante será conocido por el calificativo de *Soberbio*. No dejó de fomentar relaciones de amistad y parentesco con otros pueblos.

Cuando su autoridad se había afirmado considerablemente convocó una reunión de jefes latinos. Como quiera que Turno Herdonio de Aricia censurase su retraso, pues llegó al caer de la tarde, dispuso su ejecución, previa una irregular sentencia de pena de muerte. Así, recurriendo a similares artimañas impuso a los latinos un desigual tratado (*foedus iniquum*) que potenciaba el dominio de Roma y mejoraba la capacidad de su ejército.

Sexto, el hijo menor del rey, deserta del ejército romano, astuta y pérfidamente logra hacerse elegir jefe del ejército gabino. Recaba el consejo de su padre por medio de un mensajero, y el rey no responde nada, salvo que con su bastón procede a derribar las flores más altas de las adormideras que había en el jardín⁶. Sexto Tarquinio no tuvo duda a la hora de interpretar el gesto de su padre, y, asesinando a los nobles de los Gabios, vinculó la ciudad a Roma sin combate de ningún género.

Después de renovar el tratado de alianza con los toscanos y sellar la paz con los ecuos se volcó en la realización de obras públicas. Promovió la construcción de templos, destacando especialmente el dedicado a Júpiter Óptimo. El estudio de los fragmentos que los descubrimientos arqueológicos han rescatado permiten confirmar la verosimilitud de esta construcción. Para levantar este templo fueron derribados muchos altares y únicamente se respetó el del dios *Término*. Una divinidad no representada por figura humana, sino por piedras o mojones colocados en los confines de las fincas. En honor de este dios se instituyeron las fiestas terminales (*terminalia*).

⁶ Livio reproduce aquí una contestación muy similar a la que, según versión de Aristóteles (*Pol.*, III, 1284 a, 95, Instituto de Estudios Políticos, trad. Julián Marías y María Araujo, Madrid 1970), Periandro, tirano de Corinto, había dado a un requerimiento parecido de Trasíbulo, tirano de Mileto. Periandro, sin hablar en absoluto, se limitó a cortar las espigas de un campo de trigo que destacaban sobre las demás para indicar la conveniencia de proceder a la eliminación de las personas más sobresalientes. Herodoto (*Hist.* V. 92,2), a diferencia de Aristóteles, invierte los sujetos del relato. El autor del consejo habría sido Trasíbulo contestando a una demanda formulada por Periandro. En cualquier caso, el episodio resulta de lo más elocuente, sobre todo si se analiza exclusivamente a la luz de las múltiples vicisitudes que suelen jalonar el curso de la historia política.

Los juegos, cuyo impulso etrusco fue indudable, también fueron potenciados en este reinado. En efecto, se amplió el aforo del circo, al objeto de que el número de espectadores pudiera incrementarse (*foros in circo faciendos*).

La guerra sostenida por Roma con los ardeatinos, sin dejar de seguir el relato de Livio, propicia la caída de la monarquía. Entre los asistentes a una cena, invitados por Sexto Tarquinio, hijo del rey, figura Colatino Tarquinio. La animada conversación recae sobre las excelentes cualidades que ostentan las mujeres de los comensales. Colatino presume de su esposa Lucrecia e invita a sus contertulios a comprobar inmediatamente la veracidad de lo que afirma cada cual. Gana la apuesta Colatino, pero Sexto Tarquinio alienta desde entonces el propósito de violar a la joven esposa de Colatino. Días más tarde regresa secretamente a Colacia, donde vive Lucrecia. Empuña una espada y sin reparar en amenazas doblega la voluntad de la joven. Esta envía sendos mensajes a su padre, Sp. Lucrecio Tricipitino y a su marido para que regresen a Roma. Al llegar, acompañados de amigos, y casualmente también por L. Junio Bruto, la propia Lucrecia refiere lo ocurrido y seguidamente se suicida, clavándose un puñal.

L. Junio Bruto extrae el puñal y jura solemnemente perseguir por todos los medios al rey, a su descendencia y demás familia. Arenga al pueblo, congregado en el foro, y con un grupo de jóvenes bien equipados se dirige al campamento de Ardea para sublevar también al ejército. Sexto Tarquinio muere asesinado, y el rey y sus otros hijos son condenados al destierro. Se pone fin a la monarquía y la asamblea centuriada nombra dos cónsules para desempeñar sus funciones. El nombramiento recae precisamente en L. Tarquinio Bruto y L. Tarquinio Colatino.

Tarquinio el Soberbio modificó la constitución de Servio, y a su despótico régimen se contrapuso el mandato precedente más respetuoso con los verdaderos intereses de la comunidad cívica.

El nuevo orden de cosas que supuso el gobierno del último Tarquinio ni tuvo en cuenta las conquistas populares que se habían alcanzado con Servio Tulio, ni, por otra parte, los intereses colectivos permanecieron salvaguardados frente a las convulsiones originadas por una actitud monárquica aislada y funcionando sin más apoyo que el prestado por el círculo familiar más reducido.

La revuelta popular que depone a Tarquinio el Soberbio bien pudiera responder a una invención que sustancialmente perseguía el fin y la sustitución de

un poder tiránico y abusivo, implantando en vez del mismo una modalidad de gobierno abierta, no opresora y controlada mediante la elección correspondiente.

No deja de revestir cierta complejidad determinar si la monarquía concluye como consecuencia de la reacción de un sector de la nobleza contra Tarquinio el Soberbio, tal como permite suponer el episodio de Lucrecia y avalarían los propios *fasti consulares*, o bien, si, como sugiere Guarino, se trata de una rebelión de la misma nobleza etrusca contra la prepotencia de una específica *gens*, la de los tarquinios. Por lo demás, el hecho de que dos oriundos de Etruria, Bruto y Colatino, hayan promovido el golpe antimonárquico, favorecería lo dicho en último lugar⁷.

Lo constatado no permite salir de las conjeturas. Por ello, la menos probable rebelión popular y la más verosímil transición paulatina hacia formas de poder más plurales y compartidas vendría confirmada y no contradicha por dos razones. La primera, por la comparación con diversas ciudades, sobre todo, griegas, donde los reyes no siempre fueron eliminados drásticamente. La segunda, por las supervivencias de la realeza que se registran y continúan proyectándose a lo largo de la República (*interregnum* y *rex sacrorum*).

⁷ GUARINO, A., *Storia del Diritto Romano*, Ed. Jovene, Napoli¹⁰, 1994, p. 66.